¡Grato recuerdo! tu fugaz imágen
Eternamente vivirá conmigo!
Do quier que, favorable ó enemigo,
Mi rota barca empuje el aquilon.
Solo tú logras despertar un eco
Dulce de amor en mi doliente lira;
Y tambien de la hermosa que lo inspira
En el ardiente noble corazon!

LAS RUINAS DEL CONVENTO.

Todo pasa en este mundo
Como sombra transitoria,
Solo dura la memoria
Que deja la caridad.

JOSEFA SIERRA.

I

PÁLIDO resplandor vierte la luna
Sobre el desierto claustro: en son doliente
Se queja el viento en las informes ruinas,
Templos ayer de mundanal fortuna,
Hoy asombro y escándalo á la gente
Que las creyera eternas y divinas! . . .

Aquí, entre polvo, mutilada yace
La estatua que en altar resplandeciente
Del sacerdote recibiera incienso. . . .
Allí apenas descúbrese la base
De una columna rota. . . . el arco inmenso

Allá se desplomó. . . . mas adelante
Confusa masa forma sobre el suelo
La cúpula atrevida y elegante
Que lanzó el genio poderoso al cielo!

Romántica es la escena, y esta hora
Convida á meditar; ¿por qué impasible
Miro á mis plantas ese polvo helado?
Tímido el viento en los escombros llora,
Vierte la luna su fulgor templado,
Reina silencio grave. . . . indiferente
Mi corazon de mármol nada siente? . . .

¿Será que los afanes de la vida,
Y el soplo abrasador de las pasiones
Mi alma dejaron triste y abatida
Y seco el corazon? . . . mas hace poco
A la tumba de un héroe asesinado
Con vacilantes pasos he llegado;
Y lejos de mirarle indiferente,
De indignacion el pecho conmovido,
Exasperada el alma sin sosiego,
Sintió el dolor, y lágrimas de fuego
De mis ardientes ojos han caido!
Y pisando ruinas menos tristes,
El genio que tras ellas se escondia,
En mis oidos murmuró mil veces
Palabras de feliz melancolía. . . .
¿Por qué, pues, los escombros de este templo
Carecen para mí de poesía? . . .

¿Soy acaso un profano ó un impío
Para esos restos del altar? ¿comprenden

Las dudas que me agitan? . . . ¡oh Dios mio!
Si mis queridas ilusiones bellas
Se apagaron en medio del vacio,
Culpa mia no fué. . . . ya eran marchitas,
Ya me quedaban solo sus despojos,
Y aun las miraban con amor mis ojos!
Ya se volvian al oscuro cielo,
Y aun buscaba sus huellas adoradas
Con triste afan, en el estéril suelo! . . .

Qué nos importa? el universo inunda
Un fuego creador y misterioso
Que materia y espíritu fecunda,
Manantial de lo justo y de lo hermoso,
Que si toca la escoria mas inmunda
Hace brotar un rayo luminoso;
Y cuando avaro su calor retira
Aun la misma virtud gime y espira! . . .

Veamos si ese fuego sobrehumano
Ardió en esta mansion. . . . ay! está helada. . . .
Aquí habita un espíritu profano,
Que al noble pensamiento corta el vuelo:
Al ver esas ruinas por el suelo
Solo es dado decir. . . . ¡miseria y nada! . . .

La roja luz de la nocturna hoguera
Arde entre los escombros:—un mendigo
Y un niño, con sonrisa placentera,
Se calientan al fuego: ¡cuantas veces
Antes vinieron, demandando abrigo,
Porque el dolor y el hambre los mataban

Junto á los muros que la fe guardaban!
Del viento y de la lluvia combatidos,
¡Cuántas veces alzaron tristes quejas!
Y, por sola respuesta á sus gemidos,
Sonar oyeron en las altas rejas,
De las reclusas el solemne coro,
Y el acento del órgano sonoro
Elevándose á Dios. . . . ¡y cuantas veces
Sacrílegas creyeron esas preces,
Y aquel amor de Dios vano é impío
Cuando al dintel de las herradas puertas
El mendigo infeliz muere de frio! . . .

¡Arde en buena hora, generosa llama
De la divina Libertad! calienta
Al infeliz, su corazon inflama,
Déjale ver el cielo
Al través de las lágrimas que forman
Sobre su frente doloroso velo!
¡Alumbra y crece, al respirar del viento,
Dando á las ruinas espresion y acento! . . .

II

El claustro aun está en pié:—sus fuertes muros
Han resistido la terrible prueba:
Aun se elevan, inmóviles y oscuros,
Sobre la blanca espuma de las olas,
Con que los bate la esperanza nueva.
Mas las cándidas vírgenes huyeron,
Tímida tropa débil y llorosa;
Como palomas que el milano acosa,

En otro nido á refugiarse fueron. . . .
Y hoy temen entre dudas y agonía
Que, alzando la reforma sus acentos,
Arroje de los últimos conventos
A las últimas monjas, *la herejía*. . . .

¡Pobres hermanas que llorais á solas
Tantas amargas lágrimas perdidas!
¿Creis que amenazan las furiosas olas
Tan solo á las palomas escondidas
Bajo el ala sagrada del misterio
En el centro de oscuro monasterio?
Os engañais. . . . la tempestad terrible
No solo sobre el claustro, sobre el mundo
Del huracan en alas ya se lanza,
Para volverlo al insondable caos,
O para hacer brotar nueva esperanza!
La rápida corriente enfurecida
Llevando va la humanidad entera
Al seno de una mar desconocida,
En busca de una incógnita vivera!
Si obedeciendo á los presagios graves
A vuestras puertas con afan tocamos,
Es porque ya las barcas y las naves
Por órdenes supremas aprestamos;
Es porque recio el huracan estalla,
Y, el que no luche con las ondas, pronto
Será cadáver en la antigua playa!
¡Vano es el lloro, y vuestras quejas vanas,
Fuerza es dejar el apacible nido;
Ved cual se agita el mar embravecido
Al soplo del Señor. . . . ¡pobres hermanas! . . .

Dejando así vagar el pensamiento,
Y en torno de los amplios corredores
Errando á la ventura, de improviso
A la entrada me hallé de un pasadizo
Profundamente oscuro,
Que debajo de góticos relieves,
Se abre en el grueso del antiguo muro,
Y conduce hasta el pié de una escalera
Iluminada entonces por los rayos
De la luna, al través de una vidriera.

La oscuridad, el sepulcral silencio,
Despertaron al fin mi fantasía,
Creí que era mas propio aquel momento
Que la brillante claridad del dia,
Para admirar los restos del convento;
Y me propuse recorrer las salas
Del vasto claustro, como el alma en pena
Que vaga entre la sombra de la noche,
Y huye si el toque matinal resuena.

Entré, pues, lentamente, y con cuidado
En derredor palpando las tinieblas . . . .
El suelo estaba por do quier cavado,
Cual si los muertos que en su centro yacen
Hubieran sus sepulcros quebrantado
Para hacer trampas de sus hondas fosas,
Alzar la tierra, y esparcir las losas! . . .
Tal vez temblando el codicioso avaro
Que el suelo sin piedad ha removido,
Soñando hallar magnífico tesoro,

Habrá hallado cadáver carcomido
En vez del brillo seductor del oro! . . .

He allí por fin la luz! ¡cuán apacible
En medio de la sombra se desliza!
Como el amor de una muger sensible;
Y mas exactamente simboliza
Los primeros vislumbres de la ciencia
Penetrando en oscura inteligencia. . . .
Así su dulce rayo nos hechiza
Y halaga el alma sosegadamente;
No cual torrente que furioso salta,
Mas como limpia y armoniosa fuente!

Ora distingo el alto artesonado
Con sus toscos adornos y molduras,
De la bóveda en medio un enrejado,
Y en derredor fantásticas figuras. . . .
El gracioso balaustre, la cornisa,
Un santo reclinado en su repisa
Donde ya no arde vaporoso incienso,
Y al fin de la escalera un cuadro inmenso
Que no se nota á la primera ojeada;
Mas, una vez hallado entre la sombra,
Fija por largo tiempo la mirada. . . .

Acerquéme. . . . la luna felizmente
La principal figura iluminaba,
Y su pálido rayo resbalaba
Sobre la celestial cándida frente
De la casta doncella,

Que es de la tierra aurora refulgente,
Y de los mares apacible estrella!
Solo su hermosa faz resplandecia;
Y confuso borron, negro y deforme,
Bajo su planta apenas se veia. . . .
Era sin duda el fiero fanatismo,
O el querubin rebelde del abismo!

¡Salud, encanto de la tierra y cielo!
Si tempestad funesta se prepara,
Al náufrago que gime sin consuelo
En tu regazo maternal ampara!
Pasé adelante: y cual si hubiese hallado
Preciosa flor de celestial fragancia,
Me acordé del aroma delicado
De los primeros años de la infancia!

Voló fugaz esa memoria grata,
Que el sentimiento amargo de la vida
Las mas hermosas ilusiones mata;
Y en el revuelto mar de las pasiones
Bogaba ya mi espíritu de nuevo
Cuando fijé la planta en los salones,
Que llenar las reclusas no podian,
Mientras la ancianidad y la pobreza
Carecen de una choza miserable
Donde abrigar su mísera cabeza!

Templada luz y sombra misteriosa
Reinaba en toda la espaciosa estancia:
Marcaba las vidrieras en el suelo

La suave antorcha que alumbraba el cielo;
Y la serie de sombras y de luces
Alargaba á lo lejos la distancia,
De suerte que la sala parecia
Una inmensa profunda galería. . . .
Mis pasos resonaban;
Y el eco solitario, adormecido
En las bóvedas altas, despertaban. . . .
Entonces espresé mi pensamiento
En alta voz, curioso del sonido
Que pudiera excitar allí mi acento. . . .

«¿Vivió aquí la virtud? ¿puede mi labio
Invocar la inocencia y la pureza,
Sin que juzgue que intenta hacerle agravio
La sombra de fanática abadesa?
¿Puedo invocar la castidad hermosa
Sin que el coro de hermanas y novicias
Me responda con risa maliciosa?
¿Os inspiraba el férvido heroismo
Que ardió del Cristo en el divino pecho;
O tuvo aquí un altar el egoismo
Tendido en muelle voluptuoso lecho?
Altas virtudes, ó ilusiones vanas
Se encerraban aquí? decid, hermanas!

Si reinaba la austera penitencia,
Elevando en sus alas doloridas
El alma al trono de inmortal esencia,
¿A qué, tras estos muros consagrados,
Esas celdas hermosas y elegantes
Y cómodos retretes perfumados,

Que los ojos estúpidos admiran
Y solo pompa mundanal respiran?....

En vano con sus rayos apacibles
La luna alumbra esta desierta sala,
Que las memorias que han quedado en ella
Sin duda impiden que una vírgen bella
Pura y privada de profana gala,
Cubierto el rostro con sagrado velo,
Arrastrando los hábitos que cubren
El austero silicio, se presente
A la faz del poeta temerario,
Para indicarle el azulado cielo
Con su mano mas blanca que el sudario,
Y allá arriba una luz indeficiente
Que las dudas arranque de su frente!»....

Eco doliente del inmenso claustro
Respondió á mi atrevido desafio;
Y en breve tiempo dolorosa duda
Se apoderó del corazon vacio.
Ni eco, ni luz, ni sombra religiosa
Y espiritual en celdas y salones....
Culpa tal vez del ánimo mezquino
Fué no sentir celestes impresiones....

Por las rotas ventanas se veia
La mágica ciudad de los palacios:
La luna sobre cándidos celajes
Poetizaba del éter los espacios.
El viento por momentos esparcia
Alegres cantos, locas carcajadas,

Que, olvidando sus horas desdichadas,
Al gozar un momento de alegría
En las tabernas celebraba el pueblo
La Libertad, con estruendosa orgía!

Deslizóse la noche:—lentamente
Bajé las escaleras, hastiado
De la estéril velada:—el sol naciente
Resucitaba al mundo aletargado;
Y con su rayo mas brillante y puro,
Alumbraba estos nombres en el muro:
Juarez, Ocampo, Lerdo, Degollado!